El juego del santuario y la espada

- II. Mar Adriático -

Pelmo Ricegaar

El juego del santuario y la espada

- II. Mar Adriático -

Pelmo Ricegaar

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2026
© Pelmo Ricegaar, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-76-0
THEMA: F - FP
DEPÓSITO LEGAL:M-4509-2026

Sólo para tus ojos,
mi amor.

Setenta y cinco años.
Ese es el tiempo que tienes si tienes suerte,
setenta y cinco años.
Setenta y cinco inviernos, setenta y cinco primaveras,
setenta y cinco veranos, setenta y cinco otoños.
Visto así no es mucho tiempo, ¿verdad?
No lo desperdicies.
Saca tu cabeza de la carrera de ratas
y olvídate de las cosas superficiales
que preocupan tu existencia
y vuelve a lo que es importante ahora.
Ahora mismo. En este mismo instante.
Y no te estoy diciendo que dejes todo
y dejes que el mundo se detenga por completo.
Te estoy diciendo que podrías convertirte en un buscador.
Podrías estar amando ahora.
Podrías estar arriesgándote.
Podrías estar viviendo más.
Podrías estar más tiempo con tu familia.
Podrías estar hablando con la parte de ti que vive en ti
en lugar de temer
la parte de ti que ama en lugar de odiar.

The guru (1998)

Me sorprendió. Contaba con mi repentización para esconder mis tapujos antes que su perspicacia me pusiera en evidencia. Pero Betina fue muy sigilosa y apenas descubrió qué estaba haciendo comenzaron nuestros problemas y toda esa compleja y torpe ingeniería que utilizaba para cubrir mis pasos se desmoronó. Sólo me quedaba un recurso: la mentira.

Antes, me bastaba con el silencio, ese silencio cómplice entre ambos, para no hablar de ciertas cosas, ciertas licencias propias de un desesperado. Ahora era el tiempo de dar explicaciones. Me encontraba en un cuarto en un altillo que en ocasiones utilizaba como estudio a donde ella no llegaba, mitad porque era agotador subir hasta allí y otra porque era parte de mi mundo privado. Pero conforme pasaban los días yo estaba más y más tiempo encerrado allí. Tenía mis razones. En realidad, tenía una sola razón. Desde hacía un tiempo, desde que Betina me mostró las fotos de aquella deliciosa MILF *yo procuré ponerme en contacto. Porque tardé en reconocerla, hasta que comprendí que era la misma persona que había conocido hacía treinta años. La busqué con un tesón que ya creía perdido. Primero entrando en aquella red social para adultos donde posteaba sus fotos. Tuve un primer indicio, era argentina, eso me llevó a pensar que podía ser ella. Compartía la página con su pareja que se encargaba de filtrar a la gente que pretendía conocerla. La coincidencia de que fuéramos compatriotas hizo que el ida y vuelta fuera sin tanto rollo, al punto de que el tipo me invitó a chatear con ella fuera de la red social. Ellos deseaban saber si yo era real, y no pasó mucho tiempo antes de que nos pusiéramos en contacto de otra manera. Hablábamos por horas, en especial por la noche, donde charlábamos sobre distintos tópicos evitando todo lo posible el sexo, que hubiera sido la única razón para estar en contacto. Esto al marido no le caía tan bien. Él hubiera preferido un simple corneador que le diera forma a la fantasía que habían imaginado. Nadie hubiera esperado que ella y yo nos atrajéramos de otra manera.*

Eso hacía más difícil ponernos en contacto. No había razones para hablar si no era de algo de índole sexual.

Debía llegar hasta ella.

Debía encontrar una excusa, un nuevo camino. Seguir mintiendo para dejar de hacerlo.

Y ahora Betina había leído su nombre en mi teléfono celular y era tiempo de dar explicaciones.

No fue sencillo. Tuve que darle forma a una enorme ilusión que diluyera mi imperdonable desliz. Tenía ese talento. Ese pobre talento. Apenas me preguntaba por qué lo hacía. Porque esa era mi naturaleza. La del mentiroso compulsivo. Pero también la del soldado.

Estuvimos un tiempo sin hablar del tema ni contarnos historias en la bañera a la hora de sus abluciones. Hasta que una noche, ya acostados, me pidió que retomara el hilo de mi relato erótico. Pero, a la hora de las confesiones entre los personajes, evitara las tinas de baño. Y tampoco deseaba que la heroína se siguiera llamando Caro.

Caro B, porque de ella me había enamorado.

Hacía mucho tiempo atrás.

100

—¿Eres actriz? —Te señala una mujer en un español gringo, tan apretado y ambiguo como ella misma. Está sentada en el sillón frente al nuestro, una lengua de cuero que acompaña la barra del lounge de primera clase de nuestro vuelo QR701 hacia Nueva York. Quizás nos escuchó hablar y se lanzó sin miramientos a la conversación en nuestra lengua. Negás con la cabeza. Una sonrisa, casi mágica, ilumina tu rostro, transformando esta parte suntuosa del avión. Luego de fijarse en tus uñas, salvajes y esculpidas, sube la apuesta—: ¿Pornstar?

—¡No! —exclamás, entre la sorpresa y la indignación, aunque no podés evitar una risa nerviosa.

—¿Eres parte de El Juego? —pregunto yo, yendo directo al grano.

—¿Qué juego? —responde ella, sorprendida. O es hábil en extremo o acabo de meter la pata al suponer que todos los que nos abordan forman parte de algo más grande. Vos y yo permanecemos en silencio el tiempo suficiente para que no insista, a riesgo de quedar como altaneros—. Espero sepa disculpar mi osadía, se lo pregunté porque es muy bella y su cara me resulta familiar...

Le agradecés con una sonrisita de labios apretados. Es irónico que te pregunte si sos actriz porno por tu belleza o por tus uñas postizas, que te hacen parecer felina. Aunque debo admitir que estuvo cerca en cuanto al universo en el que te movías cuando te conocí. Pero aún más extraño es que mencione tu rostro, cuando tu fama en la red social para adultos nacía de tu culo, convertido por los usuarios en un mito con nombre propio: El Culo. Y no exagero, tus fotos siguen colgadas en tu perfil y los miles de comentarios de los usuarios confirman que mi mirada no es sesgada.

No te suelta:

—Tu sonrisa es inolvidable...

Se acerca a la verdad. Esa sonrisa, el único rasgo visible de tu rostro en las fotos, editadas de manera deliberada para no revelar tu identidad, era lo más elogiado entre los usuarios de la red, después de tu culo, claro. Yo mismo sucumbí a esa sonrisa hace mil años. Me pregunto qué hace una mujer con aspecto de ama de casa del medio oeste estadounidense rebuscando en el porno; es algo que me desconcierta. No porque no pueda hacerlo, sino por la manera directa en que te confrontó.

—Ambos lucen formidables, bronceados y con ese garbo sin estridencias... ¿Pertenecen a la nobleza?

Sonreímos incómodos. La pregunta se convierte en una broma, si no fuera porque ella permanece seria. La mujer irradia una confianza innata, manifestada en sus ojos celestes, fríos y penetrantes como un depredador acechando en la oscuridad. Dos luceros glaciales en su cara redonda y mofletuda, sin duda, ocultan un conocimiento profundo y una determinación inquebrantable. Su sonrisa, apenas un gesto enigmático, insinúa una autoridad que no admite desafíos. Su figura es contundente, poderosa, sin concesiones

a la delicadeza, una presencia que demanda respeto. Su postura es imponente, llena ese sillón con una energía magnética y ominosa. Hasta su vestuario, más cercano a una tienda de rebajas que a la primera clase de Qatar Airways, refleja su implacabilidad, como una armadura lista para el combate. Te intimida.

—¿Vamos a descansar un rato? —me proponés, en plan de evasión.

Dejamos nuestras copas de Charles Heidsieck Blanc des Millenaires 2007 sobre la barra y regresamos a nuestros asientos dobles en el corazón de la primera clase. Un hogar suspendido a diez mil metros sobre el mar. Estos asientos son un lujo de amplitud; hasta hay un pequeño panel que te aísla del vecino si deseás privacidad. Pasamos la mayor parte del tiempo sentados juntos en la misma butaca, como ahora, con la paciente anuencia de Amira, nuestra bella y sinuosa azafata libanesa, vestida en un uniforme púrpura que se ajusta al esquema cromático de todo a bordo, desde el ticket de embarque hasta los más mínimos detalles estéticos. Solo volvemos a nuestros respectivos asientos durante las comidas o en caso de turbulencia, como la que atravesamos al cruzar Medio Oriente.

Este vuelo en el gigante de Airbus es una extensión sensorial de la fastuosa Doha y del Al Safwa, el exclusivo rincón para la primera clase de la aerolínea. Como si el avión mismo fuera una continuación del deslumbrante paisaje urbano. Ni vos ni yo hemos visto algo semejante. Hicimos un breve salto hacia el futuro desde Malé a Doha, sin dejar de asombrarnos por el contexto y las personas que nos rodean. Una Torre de Babel de tintes qataríes, opulenta y majestuosa. Hombres moros envueltos en sus túnicas tradicionales, mientras sus mujeres permanecen dos pasos atrás, envueltas en burkas negras, se mezclan con mujeres africanas con turbantes y vestidos estridentes, colegialas japonesas y rubias taradas, junto a hombres envasados en Fiorucci, casi todos arrastrando equipajes Louis Vuitton en una carrera frenética hacia las tiendas. Un *running* al que nos sumamos como autómatas. Nosotros al menos teníamos una excusa epidérmica: necesitábamos un nuevo vestuario para enfrentar los inminentes desafíos y así deshacernos de la ropa prestada con la que llegamos desde Maldivas.

Ser y parecer.

Decidimos viajar ligero y comprar sólo lo imprescindible para el viaje en avión. Cuadro a cuadro. Lo demás podría esperar hasta llegar a Nueva York. Y aunque no llevábamos ropa, decidiste comprarte una clásica maleta LV Horizon 55; siempre habías deseado tener una. Dentro de ella, colocaste una diminuta tanga de encaje negro con tiritas brillantes que adquiriste en Victoria's Secret, junto a un conjunto en color *skyblue*: un sujetador *balconette* con lazo sin forro y una braguita de encaje con correas de brillo. Luego, como si se tratara de una carrera de relevos, nos adentramos en Dolce & Gabbana, donde habías espiado en la vitrina un vestido corsé celeste. Esa fue la razón por la que elegiste ese conjunto de ropa interior en ese color.

Caminaste frente a mí como lo hubiera hecho una supermodelo en la pasarela. Tu vestido es un tributo a la elegancia y la feminidad. Confeccionado en tul brillante, fruncido con destellos, con un escote cuadrado, frente completo con cordones y mangas largas y transparentes. Te

llegaba hasta la rodilla, lucía etéreo, ajustado a tu cuerpo como un fragmento de cielo de verano abrazando un sol. La tela translúcida te revelaba con sutileza, creando un aura de misterio y sensualidad que se acentuaba con esa mirada tuya, una invitación a reanudar las hostilidades. El fruncido del vestido añadía textura y movimiento, como si una brisa suave del desierto lo acariciara, realzando tus curvas. En el frente, lazos muy finos y detallados se entrelazaban, ceñían la tela a tu cuerpo, como una ilusión adherida a la piel. Esa ligereza y transparencia evocaban, como pocas cosas en este mundo de ilusiones, el espíritu despreocupado de la inminente temporada estival. Con nosotros metidos en ella, donde quiera que transcurra.

Decidiste llevarlo puesto. Fuimos al probador y me arrastraste de un tirón. Nos besamos mientras te desnudabas, y luego realizaste lo que yo llamo *attirismo* (attire/ism), una suerte de vestidismo escénico o *striptease* en reversa. No es lo mismo ponerse ropa que hacerlo como lo hiciste, mirándome a los ojos y sonriendo con lujuria, mientras ajustabas el sostén o subías la braguita por tus muslos, sacudiéndolos con una sensual letanía. O voltearte para ponerte el vestido, ofreciéndome el espectáculo de tu espalda descomunal escondiéndose en una prenda vaporosa que parecía incapaz de contenerte. De aquella mujer envuelta en ropas ajenas que salió a las apuradas de Malé, ya no quedaba nada.

Querés brillar mientras esto dure. Ya te veías descomunal como estabas, pero buscabas darle un sentido cabal a tu vestuario devastador. Así que nos dirigimos a Jimmy Choo, donde elegiste unos *stilettos* de malla a rayas con terciopelo flocado negro y unas medias de red que te llegaban a la pantorrilla. Luego, las chicas del Duty Free hicieron su magia, maquillándote, y en media hora te transformaste en esa actriz, esa estrella porno o en una princesa a los ojos de la mujer que nos abordó de manera intempestiva.

Mientras tanto, yo vagaba por Ermenegildo Zegna, dejando que Malik, el encargado del local, decidiera por mí. Me vestí con una oda a la elegancia primaveral, de acuerdo con el viriviri del sastre: «El saco, confeccionado en lino azul cielo, fluye con una suavidad que evoca la brisa de la estación. Su textura ligera y fresca es como un suspiro de la naturaleza misma. El polo, blanco resplandeciente, contrasta con la pureza del verano, su algodón transpirable ofrece comodidad sin sacrificar estilo. Los pantalones, en una sombra apacible de beige, son un lienzo de elegancia informal. Hechos de una mezcla de algodón y lino, brindan una sensación de frescura y libertad, como un paseo por la playa al atardecer. Los zapatos, de cuero italiano pulido, completan el conjunto con una nota de sofisticación. Su color marrón cálido es un tributo al regocijo de la temporada, y su exquisita artesanía recuerda que la belleza se encuentra en los detalles. Con estos zapatos Oxford de cuero italiano marrón compones la perfecta sinfonía de colores, texturas y estilo».

Estos árabes tienen la habilidad de encajarte lo que les venga en gana, pero debo admitir que me sentía cómodo en esa pilcha. Lo mejor de todo es que pagamos con las tarjetas grafito que nos dieron en el yate cuando comenzó el juego, que parecen el bolsillo de un payaso. Sin límites.

Ya *lookeado*, te encontré mirando el Oso Lámpara, ese gigantesco oso de peluche de seis metros, hecho en bronce por el artista suizo Urs Fischer. Un objeto desconcertante y, a la vez, reconfortante que da la bienvenida o despide a los viajeros, recordando lo inexorable del paso del tiempo. Me acerqué con sigilo y te sorprendí por detrás. Vos, que me esperabas, apenas murmuraste con un dejo de nostalgia: «Me hace acordar a mi niñez, a mi infancia robada…».

Nos besamos como dos enamorados que se reencuentran después de mucho esperarse. Lucías radiante a pesar de ese dejo de añoranza. Exalto esa capacidad tuya de sobreponerte a cada adversidad, como cuando me sostuviste mientras me arrastraba por la isla y no me abandonaste ni por un instante.

De allí nos fuimos directo al VIP, un espacio que se sentía como un majestuoso museo de arte islámico y contemporáneo, ubicado bajo los techos del aeropuerto diseñados por el chino-norteamericano I.M. Pei, que parecen crisparse como olas frente al viento *shamal*. Pasamos junto a una enorme y colorida pintura de Keith Haring de los ochenta, colgada en un pasillo como quien cuelga un portallaves detrás de una puerta. Y por la fuente circular que recibe el agua desde las alturas, desde el cielo mismo. Luego fuimos al spa donde te hicieron esas uñas felinas mientras te masajeaban, haciéndote sentir como una diosa griega lista para descender entre los mortales. Todo un viaje sensorial que culminó en esa enorme butaca donde ahora mismo anidamos, dispuestos a descansar y amarnos.

—¿Qué fue eso? —te pregunto, en tanto acomodo la butaca en modo cama, a propósito de esta mujer que nos abordó hace un momento.

—Raro… —me respondés sorprendida, pero sin ganas de preocuparte, no después de lo que pasamos en Maldivas. Te hacés un ovillo y enredás y desenredás tu caricia circular sobre mi pecho hasta quedarte dormida en medio de palabras a medio decir y profundos suspiros.

Como cada vez que nuestros cuerpos se acompasan, tomando la tibieza y el latido del otro, dormitamos entre mimos y arrumacos. Ese tremendo champagne terminó por doblegarnos. La comida en el avión fue un viaje a los aromas y sabores de Oriente Medio. Una entrada de caviar y salmón ahumado estilo balik, presentado como un cuadro abstracto sobre un plato de vidrio estallado, acompañado de cookies saladas y tostaditas junto a un pequeño fanal que evocaba un rincón de Rabat. La sopa del chef, de la cual pasé, se acompañaba con una variedad de panecillos. El plato principal, madhruba de pollo al estilo qatarí, estaba regado con un Louis Jadot Blanchot Chalbis Grand Cru del 2016, en un viaje sin escalas de Borgoña a nuestro mareo. Picados por el chardonnay, el postre nos provocó una ligera melancolía de la Isla Nuestra en Maldivas: mousse de coco con compota de frutos de la pasión, casi la dieta durante nuestro cautiverio en la isla. Y para digerir ese exceso rodeado de excesos, un té de hierbas TWG de Singapur.

Todo esto después del almuerzo pantagruélico en aquel restaurante de techos altísimos del VIP de Al Safwa: sopa de crema de nueces con semillas de calabaza tostadas, acompañada de pan recién horneado y un arsenal de condimentos: sal, pimienta, una botellita de aceite de oliva virgen griego,

mantequilla y potiches con salsas indeterminadas de sabores intensos, además de agua y jugos servidos en elegantes vasos azules. De entrada, vieiras a la parrilla con mantequilla de gochujang, coronadas por huevas de salmón y trufas cortadas como hojas. De plato principal, una gruesa rodaja de lomo de ternero wagyu australiano, sangrante para mí, dorada para ti, acompañada de hongos, zanahorias, espárragos y una salsa de tomates. Y de cierre, Umm Ali, un tradicional postre egipcio de hojaldre, crema espesa de leche y frutos secos. Aunque estos postres y sopas no son de mi agrado, aproveché que no había recuperado el sentido del gusto y el olfato para devorarlos con la avidez de las bestias.

No he dejado de comer desde que abrí los ojos y, a este ritmo, supongo que en un par de semanas recuperaré los quince kilos que dejé en esa isla. Vos, en cambio, siempre espléndida con esos kilos de más o de menos que te hacen variar de irresistible a alucinante.

Para cuando despierto de la siesta, la cabina está envuelta en una penumbra intrigante, apenas iluminada por los veladores a cada lado de los asientos, que cargan el ambiente con una atmósfera de misterio. Nos han cubierto con una manta y el calor de nuestros cuerpos ha dado vida a una saludable erección que vos te encargás de avivar con una caricia suave sobre mi pantalón. Mi mano izquierda, la más hábil a la hora del estímulo, avanza con la precisión de una tropa sobre esas suaves colinas que conducen a Xanadú. Me cuelo por debajo de tu elegante vestido celeste y tu trusa, y comienzo a acariciarte las nalgas al ritmo que vos le imprimís a mi sexo, de manera furtiva, como si quisiéramos evitar llamar la atención, aunque eso sea casi un imposible. Lo que hace todo esto aún más divertido y algo patético, en especial porque no somos dos chiquillos enfervorizados, aunque tal vez un poco sí. Hacerlo en público requiere cierta maestría en el arte de la discreción, de lo contrario, estaríamos en serios problemas.

Lo estamos. No podés disimular tus suaves gemidos junto a mi oído derecho que me incitan a explorar lo más recóndito de tus zonas erógenas. Cuando hundo dos dedos en tu hermoso asterisco, das un pequeño respingo y me apretás tan fuerte mi tronco que me hace lagrimear de dolor. Pero te quedás allí, con mis dedos perdidos en tu fondillo, sacudiendo apenas tu cadera mientras me masturbás. Es una contorsión que nos hace retorcer en mi asiento reclinado en modo cama. La penumbra y el sueño de los que nos rodean nos protegen del escándalo.

—Estoy caliente, muy… —me confesás entre largos suspiros. No es para menos, mi mano ahora acaricia los arrabales de tu sexo bañado—. La isla despertó eso en mí… eso que vive en mí… eso que se despierta cada tanto como un ciclo vital… sólo que ahora es diferente, ahora estás vos para contenerme y evitar que vuelva a ser aquella… eso espero, porque sé que me amás, cuidás y acompañás de una manera que estimula a ir por todo… ahora hacete cargo, mi amor…

—¿De qué manera? —te pregunto mientras hundo mis dedos en tu jugoso fruto. Exhalás un suave suspiro, como un quejido ahogado.

—Qué guacho… —Arqueás tu cadera de manera que mis dedos encuentren el buen camino a tus gozos—. ¿Te acordás de todo lo que te contaba

mientras delirabas de fiebre dentro de esa bañera? Cuando te relataba aquella historia de la fiesta en la quinta estaba excitadísima, fue como un despertar desenfrenado recordando esas sensaciones tan intensas… me tocaba, estaba en llamas… imaginate ahora que no lo hacemos hace unos días… me malacostumbraste…

—Vamos a tener que remediarlo —te propongo. No hace falta decir más; vos te perdés como una serpiente por debajo de nuestra cobija. Tu boca se desespera por mi glande, como si supieras lo que está por suceder. Estallo en tu boca y te quedás allí hasta estar segura de que no queda nada. Luego reaparecés con una enorme sonrisa dibujada en tu carita. —Bienvenido de regreso, mi amor…

Volvés a acurrucarte contra mi pecho. Mis dedos siguen perdidos en vos, empapados con tu miel. Te siento incontenible. Son esos momentos en los que experimento un cierto temor. Al fin, te soltás:

—Cuando me contabas tus historias de conquistas… —quiero interrumpirte, pero me tapás la boca con una mano—. Dejame que las llame conquistas, me hablaste de novias y amantes, bla bla, bla… ¿Vos tendrías una amante estando conmigo?

—Con vos, ¿cuándo? —me sobresalto, ajustando mi pregunta mientras imagino hacia dónde van tus especulaciones—. ¿En El Juego?

—Ponele…

—¿Me lo estás preguntando o proponiendo?

—Las dos cosas… si se da, me gustaría tener un noviecito… podríamos tener un noviecito, ¿no?

—O una noviecita —te corrijo—. ¿A qué viene todo esto?

—A que en esos días en que estabas convaleciente y yo te contaba mi historia, tuve un sueño recurrente, en realidad era como que forzaba ese sueño…

—¿Qué tipo de sueño?

—Soñé con un muchachito, un sueño muy intenso… para nada sexual, mi amor; sin embargo, estaba en un permanente estado de excitación, era como si no quisiera despertarme… él se me aparecía en medio de otros sueños, lo deseaba, lo perseguía por una ciudadela desconocida, como una medina musulmana… iba unos pasos delante de mí, y cuando llegábamos a una habitación en penumbras, estaba allí esperándome. Me sobresaltaba, sentía que el corazón se me salía del pecho, y entonces despertaba… Era un muchachito de unos veinte años, muy atractivo, y en el sueño terminaba siempre desnudo en aquella habitación. Su presencia era armoniosa, todo en él… Imaginate… Era hermoso… una síntesis de todas las razas… un rostro perfecto… rasgos caucásicos y piel suave con un matiz dorado que lo hacía resplandecer, acentuando sus ojos verdes aguamarina que le conferían una belleza irresistible… irresistible… tal vez era eso, me encontraba a su merced. Tenía el cabello rizado y oscuro. Era esbelto y atlético, musculoso, salvaje, imponente… con una mirada que intimidaba, que penetraba en tus pensamientos, que desarticulaba…

—Hace unos días deseabas aprender idiomas…

—No necesito entender lo que pueda decirme alguien como él, no quiero que diga una sola palabra, quiero encontrarlo… y cogérmelo… encontrármelo más de una vez…

—Tener un amante.

—Suena fuerte… noviecito es más apropiado para mis apetitos… ¿Puedo? Mientras estemos en El Juego, fuera de esto, vos ya sabés muy bien lo que quiero… lo sabés, ¿no?

—Lo sé muy bien.

—¿Qué se siente?

—¿Lo que me proponés o tener una amante? Si hablamos de sentimientos estamos jodidos, y lo de tener una amante, te diría que viene a cubrir una carencia, pero es mentira, sólo se trata de ego…

—O afán de conquista… los hombres ambicionan conquistar todo, en especial a las mujeres…

—¿Y vos?

—Cuando estuve de reviente nunca tuve afán de conquista, era sólo coger y divertirse, parte de un juego con mi pareja de entonces, algo retorcido, ponele, cosas de pareja… ahora, cada vez que esas relaciones ocasionales se volvieron otra cosa, dejé todo por ese nuevo amor… ¿te suena conocido? Y ahora vuelvo a estar muy curiosa, pero no quiero que nada ni nadie se inmiscuya en esto que nos sucedió… este enorme amor por el cual dejamos atrás nuestras otras vidas… por eso te preguntaba, porque vos sabías entrar y salir de esas relaciones, sabías cómo mentir y manipular… y si estamos en este juego juntos, lo bueno sería disfrutarlo, si eso fuera posible, sin abandonar, sin lastimar, sin humillar… y si un día apareciera ese joven, me gustaría meterlo en nuestra cama, y si fuera al revés, espero tener la templanza para soportarlo… espero sentirme más dispuesta que eso, espero disfrutarlo…

—Estas confidencias las teníamos dentro de la bañera —te recuerdo y propongo—, ¿habrá una en el baño del avión?

Te da un ataque de risa que ahogás contra mi pecho. Como si fuera un desahogo, aunque la propuesta te excita más de lo que ya estabas. Hacerlo en un avión es una de tus asignaturas pendientes. Te restregás contra mi cuerpo como un felino, siempre sostenida de mis dedos que van de tu vulva a tu culo sin mayores reparos de tu parte. Sin decir más, nos acomodamos la ropa y, sólo para provocarme, chupás mi mano laboriosa, dedo por dedo, mirándome con esos ojitos perdidos en tus pómulos. Me besás con furia, mi lengua se envenena con tu esencia, mis papilas se dilatan y viajás directo a mi lóbulo parietal y de ahí, sin escalas, a mi cerebro reptil que da sus indicaciones mecánicas de rigor. Urgidos por nuestra naturaleza incontinente, nos desplazamos hacia el baño, de a uno, para no despertar la atención de las azafatas ni de los pasajeros, que en su mayoría duermen.

Cuando entro al baño, no puedo evitar mi sorpresa. No debería, estamos en la primera clase de Qatar Airlines. Vos me recibís entre risitas, apoyada en la larga mesada de un baño que parece más el de un departamento de lujo que un simple avión. Un baño completo. Frente al lavabo extendido, un banco con un inodoro oculto bajo uno de sus asientos. Un jarrón con orquídeas blancas le da un toque casi religioso al ambiente. Al frente, un

espejo enorme que va de pared a pared y desde la mesada de mármol sintético negro hasta el techo. A un lado, un estante con agua y crema facial y de manos Diptyque. Sobre la mesada, un plato cerámico blanco a modo de lavabo junto al jabón de manos y las toallas. En los cajones, crema de afeitar y rasuradoras, lociones, desodorantes, enjuagues bucales. Jugás con uno de ellos en tus manos. Abrís la botellita y te quedás oliéndola.

—Mmmm… mentol… —Lo dejás de lado y te apoyás contra la mesada—. Imaginate que nos sorprenda el capitán… —Alzás el vestido hasta que tu cola asoma desnuda por encima de la mesada—. Algo vamos a tener que hacer para que no se enoje con nosotros…

—¿Ya viste al capitán?

—¡Siempre! Necesito saber en manos de quién pongo mi vida… —Dejás caer tu trusa celestial, atrapada a la altura de tus muslos—. Es lo que se espera de un moro atractivo. Edad justa, piel cetrina, barba apenas entrecana; llena su uniforme como deben hacerlo los hombres que te conducen a destino… Buen mozo… —Volvés a jugar con la botellita de enjuague bucal. La saboreás con lujuria—, Hay que atender bien a los hombres intrépidos, a los que se atreven a todo… ¡y después enjuagarse la boca antes de volver a tu asiento!

Dejás de lado la botellita y te colgás de mis hombros mientras yo te sostengo por las nalgas. Me besás suave y húmedo, paseás tu lengua por mis labios antes de penetrarme con ella. Me empujás contra el banco y te montás sobre mis piernas.

—Hay tanto espacio que podríamos invitar a nuestra azafata también —te sugiero.

—¿Te gustó?

—¿Importa?

—No, que se quede en un polvo… ¿Contame de ella?

—Vos la escaneaste mejor que yo…

—Quiero tu mirada de hombre…

—Ojos vivaces, algo retacona y de caderas firmes, busto pequeño, boca carnosa como una planta carnívora… quizás sea amante del capitán, lo cual le daría un poco de emoción cruzada al encuentro.

Dejo caer tu vestido por tus hombros hasta que asoma tu delicado sostén. Hago saltar tus tetas y me pierdo en ellas. Siento un escozor en la espina que me avisa que mi parte bestial despierta. Vos, entre gemidos, seguís inmersa en tu fantasía:

—Más que aquí, me gustaría encontrármelos... de sorpresa, digamos… en nuestro hotel… en nuestra cama…

—¿Es tu deseo?

—¿El de este instante? No, mi última fantasía es esta… pero después, puede ser… —Alguien golpea la puerta y nos sobresalta. Por un instante, nos quedamos en silencio. Vos te ponés de pie y te volvés a apoyar contra la mesada, con el vestido alzado y las tetas colgando por fuera—. Imaginate que él y yo estamos en la cama y vos estás con ella en un sillón… ¿cómo se llamaba?

—Amira…

—Amira, claro, ya te sabés el nombre y todo y después la que tiene fantasías soy yo… —Paseás uno de tus *stilettos* por mi entrepierna. Lo hundís hasta que el taco consigue fastidiarme—. Amira se desnuda frente a vos y te monta, te transa sacudiendo el culo, sabiendo que la estoy observando. Te abre la bragueta, es muy hábil y directa, y vos estás muy dispuesto, listo para ella, que te toma del tronco y lo pierde en su vientre, cabalgándote sin dejar de besarte y refregarse sus tetitas…

Me restregás las tuyas contra mi cara, mientras me desabrochás la bragueta y sacás mi verga erecta fuera del pantalón.

—¿Y vos? —te pregunto. Volvés a reclinarte contra la mesada y ahora paseás la punta de tu zapato por debajo de mis bolas.

—Yo estoy recostada contra el vientre del capitán… él todavía está con su uniforme… me gustan los uniformes, sabelo… le doy la espalda para no perderme lo que pasa en el sillón y para que se tiente de acariciarme el culo de la misma manera que yo le acaricio la entrepierna… lo que hacen ustedes me tiene en llamas… a él también, le dice algo en árabe a ella… ¡está celoso! Me alza la falda y me acaricia mi nena y mi culito… yo le abro el pantalón y descubro un premio de los importantes… y sin dejar de mirarte a los ojos, le devoro la pija… despacito hasta hacerte estallar de furia, hasta tenerla toda dentro mío y desentenderme de vos y gozarla y hacerlo gozar hasta que sus enormes bolas moras se contraigan y su tronco se sacuda dentro mío… imaginame con la boca llena de pija y leche…

—¿Te gustaría eso?

—Me encantaría…

—¿Me enrostrarías la mamada abriendo la boca?

—¿Eso deseás?

—Preferiría que vengas hasta donde estamos nosotros y, parándote detrás de ella, le inclines la cabeza hacia atrás y la beses mientras comparten su leche…

Me yergo hasta que nuestros rostros están a un palmo.

—Mmmm… después podría ponerme a gatas entre tus piernas y chuparle el culo y tus bolas mientras mi capitán me la da bien duro por detrás…

No te dejo seguir. No quiero escuchar más. Te como la boca. Me mordés los labios. Transamos como desesperados, como si lo nuestro fuera lo prohibido. Alguna vez lo fue, no importa ahora. Nos manoseamos, ahogamos nuestros gemidos contra nuestros cuerpos. Alguien vuelve a golpear la puerta. Ya no nos importa. Girás tu cuerpo y te quedás viéndome desde el espejo con la falda del vestido alzada, la tanga a mitad de los muslos y las tetas fuera del escote. Me tomo de tu cintura mientras una de tus manos me lleva a tu virtud y, apenas rozo tus labios, me hundo con ansias en vos. Te arqueás, lo querés duro y profundo, tu rostro en el espejo me pide todo lo que pueda darte. Siempre lo querés todo. Sin concesiones. Hasta quedar sin aliento, hasta desfallecer. Como aquella primera vez en aquel baño infesto de tu pueblo, solo que ahora no me detengo hasta dejarte mi marca. Aprieto tu vientre con ambas manos, vos largás un profundo suspiro.

—Cómo te extrañaba, mi amor… —murmurás.

Volteás, me tomás el rostro y me llenás de besos entre gracias y te amos mutuos.

—Podría estar toda la noche haciendo esto… pero en cualquier momento nos patean la puerta.

Te subís la tanga sobre nuestros flujos, acomodás tu vestido y el peinado viéndote al espejo. Al abrir la puerta, nos encontramos con aquella mujer que te interpelaba en el bar.

—*¡Oh my god*! —exclama, sorprendida o no tanto.

Vos te encogés de hombros, regalándole una sonrisita maliciosa. Yo prefiero mirar hacia el infinito, negando que estamos allí. Regresamos a mi asiento, y te sentás sobre mis piernas, procurando no despertar a nadie. Te acariciás el vientre por debajo del vestido.

—Qué rico se siente tenerte dentro mío… llevarte dentro mío… me tiene en un estado de…

No podés continuar. La mujer que nos apuraba en el baño, la misma que nos había interpelado en el bar, se sienta en tu lugar. Sin decir hola, nos suelta la pregunta:

—¿Follar en un baño de avión es uno de los desafíos de El Juego?

—¿Qué juego? —exclamo, a la defensiva.

—Tranquilos, no estoy aquí para juzgarlos…

—Eh… —Estás por excusarte, pero te acaricio la espalda y enseguida comprendés y vas por otro camino—. ¿Probaste el enjuague bucal? Es de mentol, te lo recomiendo…

Conseguís amedrentarla. Repasa su aliento en el dorso de una mano antes de proseguir con su metralla:

—¿Y dónde se desarrollará El Juego?

—En el Caribe —miento con descaro cuando comprendo que esa mujer es mucho más que una vieja curiosa.

—Es extraño, porque uno de los últimos destinos utilizados en El Juego fueron las Maldivas, y eso me parece muy lejos del mar Caribe…

Sin dejar de sorprendernos, la mujer abre el compartimiento para guardar libros y revistas a un lado de su asiento y deposita en él su teléfono celular. Se lleva un dedo a la boca en señal de silencio y, con un ademán, nos invita a hacer lo propio con nuestros teléfonos. Nos miramos con expresión incrédula. Si queremos saber qué sucede, deberemos seguirle la corriente. Guardamos nuestros aparatos junto al suyo y ella introduce un pequeño dispositivo antes de cerrar el gabinete.

—Tranquilos, es un bloqueador de señal —nos indica—. No tenemos mucho tiempo antes de despertar sospechas, pero será suficiente para conocernos… —Ahora su aspecto y semblante se van acomodando con su curiosidad—. Soy la Jefa Especial de Campo Margaret Cole… —Nos extiende su credencial que acredita su cargo como *SAC Special Agent in Charge*, debajo de las inquietantes siglas del FBI—. Regreso de Maldivas, donde me encontraba investigando la muerte de la señora Susan Carter Lee en circunstancias dudosas. Mi presencia allí fue circunstancial y fortuita. No iríamos hasta el otro lado del mundo sólo por la muerte de una americana, por más importante que haya sido, sino porque era parte de una red de trata y tráfico sexual de